

lo venían á descansar en ella.

¡Qué dichosa se creía! Los días se sucedían á los días y la ola azul estaba siempre bajo ella, sonando como un arrullo y bañándola con su espuma suave como una caricia.

Cuando bajaba la marea y la ola se alejaba, entonces la roca sentía verse lejos de su vecina, y ésta desde allá fuera murmuraba: ¡ya vuelvo...! ¡ya vuelvo...!

Si la mar estaba algo picada, los besos de la ola se convertían en apretadísimos abrazos y creciéndose, creciéndose coronada de blanco penacho, decía á la piedra:

—No temas amiga; el viento nos está jugando una mala pasada; pero esto durará poco. Y ¡zas!... la envolvía, la abrazaba con ansia, con impetu extraño, con fuerza brutal; y se deshacía en espumosos copos, en hebras de cristal que resbalaban por la piedra y caían al mar para subir de nuevo con la ola.

La roca permanecía siempre inmovible á los caprichos de la ola, como gigante que se deja acariciar por un niño. No advertía que á veces de su base se desprendían pedazos que la ola arrastraba hácia dentro; que sus huecos y hendiduras se multiplicaban semeñando los mil agujeros de una esponja, y que la ola con su continuo besuqueo socababa su oimiento, mientras repetía con el incesante ¡paf...! ¡paf...! ¡yo soy la ola mansa, tu la dura roca! ¡paf...! ¡paf...!

—¡Vecina— dijo un día la roca, muy asustada á la ola:—sabe usted que siento una cosa muy rara, algo así como si me barrenaran las entrañas! ¡Cualquiera que no fuese yo, diría que estaba usted mordiéndome, más que besando!

Pasó tiempo, mucho tiempo. Llegó un momento en que la dura roca se conmovía toda á los besos de su vecina que le producían estremecimientos; pero la ola azul iba y venía sin cesar bajo la piedra, ya murmurante y juguetona, ya perezosa mansa.

Un día la ola se alzó, como otras veces, altanera con su blanco penacho de espuma, y al confundirse con la piedra en apretado abrazo, murmurando su acostumbrado “¡no temas!”, la roca temblaba desde la base á la cima; pero se mantenía erguida y altiva; y la ola crecía crecía, y la abrazaba con más fuerza, pretendiendo arrastrarla hácia el abismo:

—“¡Suelta! ¡suelta!—decía la roca.

—“¡Ya eres mía! ¡ya eres mía!—dijo la ola y la arrastró hácia el mar; al envolverse en la montaña de espuma que levantó á su caída, murmuró con rabia: —“¡Ya es tarde, es tarde; pero al fin lo comprendo, ola infame, tú eres la traición que hiere mientras besa...!”

Antonio Fernandez Navarro.

La redacción de LA CARICATURA, tiene un gran placer en saludar afectuosamente á todos sus compañeros de la prensa local, agradeciéndoles con el alma entera las frases de elogio que nos han dedicado al anunciar nuestra aparición.

¡Gracias, queridos amigos!



I.

Busqué arriba la calma y el consuelo y en el abismo del dolor profundo se hundieron mis afanes y mi anhelo... ¡Los que acostumbran á mirar al cielo van dando tropezones por el mundo!



II.

¿Qué escucharán los pídicos oídos de la mujer del aire que la toca, cuando llena su sangre de latidos la pubertad, que en ansias la sofoca? Al llegar el amor á sus sentidos, yo he visto que se escapan encendidos los besos que palpitan en su boca.



III.

Marchamos por los mares de la vida sin que nos guíe en nuestro rumbo un faro, mas la luz la llevamos escondida... ¡Los que miran al alma ven muy claro!



IV.

¡Cual golondrinas son las ilusiones! Se marchan á vivir á otras regiones si un desengaño de su altar las lanza; pero queda aquel hielo derretido y vuelven á ocupar su primer nido cuando despunta el sol de la esperanza.



V.

Como tú eras mi amor y eras mi gloria, pensé en tus brazos encontrar la calma. En tí busqué la dicha y fué ilusoria, porque aprendí tu cuerpo de memoria, ¡pero no sé una letra de tu alma!

Carlos Felices Andújar.

LUCHA ETERNA.

A X.

La verdad buscaste en vano en la ciencia y en la vida, y viste tu fé perdida en laberíntico arcano. Un esfuerzo sobrehumano te dió, al fin, su posesión